

Escritor y poeta nacido en Córdoba, Argentina, en 1938. Reside en Israel desde 1983. Ha escrito varios libros de cuentos, novelas y poesía, y ha recibido más de 50 premios literarios de España, Argentina, Cuba, Ecuador y Australia. Es Doctor en Filosofía por la Universidad de Cambridge, Inglaterra, y Miembro Correspondiente en Israel de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Ángel R. Oquendo

(Connecticut, EE. UU.)

Segundo Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

EN SUEÑO

*... To die: to sleep;
No more; and by a sleep to say we end
The heart-ache and the thousand natural shocks
That flesh is heir to, 'tis a consummation
Devoutly to be wish'd. To die, to sleep.¹*

WILLIAM SHAKESPEARE, *HAMLET*
(II, I, 68-72)(ca. 1600)

A papi

Me acuerdo, con claridad, de Salomón, uno de mis compañeros de facultad en Santiago de Compostela. Poseía un sutil sentido del humor que apenas hoy comencé a apreciar. Esta percepción se intensifica mientras recuerdo y recuento.

En realidad, el hombre nunca fue un alumno modelo, pero tampoco

¹ Traducción en prosa: "Morir. Dormir. Sin más. Y, en el sueño, decir que acabamos con las congojas y con los mil quebrantos naturales que hereda la carne. Es una consumación que debemos anhelar con devoción. Morir. Dormir." Cf. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, *LA VIDA ES SUEÑO* (II, 2165-2168) (1636) ("¡que hay quien intente reinar viendo que ha de despertar en el sueño de la muerte!"); FRANCISCO DE QUEVEDO, *EL SUEÑO DE LA MUERTE* (conocido como *LA VISITA DE LOS CHISTES*) (1627).



era un desastre. Iba tirando, como se suele decir. Si bien le gustaba la farra, no más que al resto de nosotros.

Lo que lo distinguía, en verdad, era el hecho de que le costaba un esfuerzo descomunal levantarse por la mañana. No era un lirón; era un oso en hibernación. Por más que se esmeraba, no podía madrugar. Ineluctablemente, se cargaba toda clase que empezara antes del mediodía. Y, por lo usual, para esa hora ya habíamos acumulado doble tanda.

Los cursos comenzaban a las nueve. Este horario era especialmente duro para la claqué de antillanos alojados en la pensión de doña Puri. No solamente teníamos una especial debilidad por las amanecidas bucaneras de "ron y tabaco, puta y pelea,"² sino que, además, el Caribe no nos había preparado para el impertérrito frío matutino compostelano. Pero si los madrugones universitarios eran odiosos para nosotros, para Salomón resultaban inhumanos.

Si hubiera hecho la carrera hoy, tal vez su problema no habría sido tan grave. Me cuentan que, en la actualidad, existe un currículo nocturno. No sé si será cierto. Evidentemente, esa opción habría sido la salvación. Sin embargo, aquéllos eran otros tiempos. Posiblemente, la maldición de Salomón fue haberse adelantado a su época.

No era que nuestro amigo no se empeñara. Invariablemente, ponía el despertador, incluso los domingos. ¿Cómo olvidar aquel alucinante año nuevo en que nos percatamos de su ritual de los días festivos? Habíamos salido de copas en la nochevieja y, por supuesto, no llegamos hasta la

² LUIS PALÉS MATOS, *Aires Bucaneros*, TUNTÚN DE PASA Y GRIFERÍA (1950).

mañana siguiente, como a las siete. (Por alguna razón que se me escapa o que reprimo, Salomón no nos había acompañado en esa trasnochada.) Al entrar, nos pusimos a desayunar y, como a las ocho, oímos el timbre. Lo próximo que escuchamos fue su recia masa corporal dando una vuelta en la cama y su brazo desplomándose sobre el reloj y desactivando la alarma.

Uno de los muchachos le abrió la puerta e, invocando su sempiterno mote, le espetó:

—Salmón, ¿no ves que hoy es feriado? Duerme tranquilo, bambalán.

Con una sonrisa de placer infinito y sin perderle la pista al sueño, Salomón meramente musitó:

—Ya lo sé. Y no te imaginas el gustazo que me da apagar el despertador y seguir durmiendo a pierna suelta.

Era una bestia, el tipo.

Durante la semana, básicamente repetía el rito, mas sin querer y colmado de compunción. Si acaso oía la campana del deber, se proponía, con firmeza, acatar, pero, inevitablemente, seguía roncando, largo y tendido. Normalmente, se concedía diez minutos más de sueño y no se despertaba sino medio día después. En ocasiones, agarraba el reloj al primer aviso y lo programaba para una hora más tarde con la vana esperanza de llegar a la segunda clase matutina. Naturalmente, no había re-



medio. Cuando volvía a sonar el timbre, se reiniciaba la rutina. Casi siempre, salía de su guarida alrededor de las doce, maldiciendo su irresponsabilidad.

Una vez, colocó el despertador en una maleta trancada y guardó la llave en la cocina. La idea era forzarse a sí mismo a desplazarse al otro extremo del apartamento y a retornar antes de silenciar el aparato. Quería, como Ulises frente al canto de las sirenas,³ superar la acracia. No obstante, la tentativa fracasó de tan estrepitosamente como, en los muñequitos, los artilugios del coyote para atrapar al correcaminos.⁴ Al toque de diana, surgió una figura sonámbula de debajo de las sábanas, agarró la valija de cuyo interior nacían las vibraciones sonoras, la zumbó por la ventana hacia la calle y, sin salir del trance, regresó a la madriguera osuna. Posteriormente, reconstruyó lo que había acontecido con un profundo sentimiento de incredulidad y de culpabilidad.

Este tango de pecado y arrepentimiento debe de haberlo aprendido en el colegio de monjitas donde hizo la primaria. En una velada, me confesó que de alguna manera disfrutaba más sus siestas si sabía que estaba desatendiendo alguna obligación crucial. Bien pudo haber apropiado y adaptado las palabras de Buñuel. "Sueño sin culpa es como un huevo sin sal."⁵

3 JON ELSTER, *ULYSSES AND THE SIRENS: STUDIES IN RATIONALITY AND IRRATIONALITY* (1984); *SOLOMONIC JUDGEMENTS: STUDIES IN THE LIMITATIONS OF RATIONALITY* (1989).

4 *ADVENTURES OF THE ROAD RUNNER* (Warner Bros. Pictures 1962).

5 LUIS BUÑUEL, *MI ÚLTIMO SUSPIRO* (1994) ("Amor sin pecado es como un huevo sin sal.").

De nada sirvieron nuestros empeños por acarrearlo cuando partíamos nosotros. No nos escuchaba o se hacía el desentendido cuando le gritábamos que teníamos que coger camino. Si entrábamos a sacarlo, no alcanzábamos a moverlo y, si insistíamos, se ponía violento.

Ahora pienso que, con todo su comportamiento, probablemente nos estaba jugando una broma. Quizá nunca tuvo la menor intención de graduarse, o siquiera de estudiar. ¿Cómo se explica, si no, su absoluta incapacidad de adelantar académicamente, a pesar de estar matriculado por más de un lustro y de ser razonablemente inteligente y dedicado? Achacarle su estancamiento a su casi patológica somnolencia es tan poco convincente como el argumento de uno de los personajes de Philip Roth de que se había dado de baja de la universidad porque nunca conseguía estacionamiento. De seguro, Salomón apareció entre nosotros simplemente para hacernos compañía, para divertirnos y para mostrarnos nuestra esencia.

Esta última teoría suena descabellada, pero cuadra con los hechos. Salomón se pasaba en su cuarto las horas muertas y salía esporádicamente para escoltarnos al campus o a los bares. Fundamentalmente, nosotros hacíamos lo mismo, si bien no de modo tan explícito. Él representaba nuestro reflejo, nuestro espejo, nuestro alter ego, nuestro Doppelgänger. Por supuesto, a nosotros nos entregaron diplomas y nos impulsaron a las ulteriores fases de nuestras trayectorias profesionales. Sin embargo, ¿cambiarón significativamente nuestras vidas en el proceso o se volvieron tan diferentes de la suya?



No descarto la posibilidad de que Salomón padeciera de una severa depresión y de que su continuo letargo fuera un consecuente síntoma. Se me ocurre, además, que quizá dormitaba con el propósito, consciente o no, de evadir la realidad. De paso, con esta condición me puedo identificar directamente. Cuando mis papás nos obligaban a veranear en la finca de unos parientes pesados, yo típicamente resolvía dormir hasta reventar para minimizar el número de horas de convivencia familiar y para hacer que el tiempo transcurriera rápido. Espero, lógicamente, que para Salomón los insufribles hayan sido el profesorado y el personal administrativo y no nosotros.

Mientras hilvano estas reflexiones, comienzo a dudar de la existencia de Salomón. ¿Habría sido un mero producto de mi imaginación? ¿Podrían mis camaradas de entonces corroborar que genuinamente vivió entre nosotros? ¿Habría sido una alucinación colectiva? ¿Será que lo estoy confundiendo con el cadáver que nos asignaron en el laboratorio de anatomía, a quien nombrábamos, apellidábamos, peinábamos, cepillábamos, vestíamos, abotonábamos, calzábamos, abrigábamos y eventualmente llevábamos de juerga? Esta conjetura me seduce particularmente. En este instante, cuestiono hasta los recuerdos más vívidos. Escarbo en la memoria en busca de otros más fiables.

Ah, sí. Máximo lo llamaba el artista del sueño, no con sarcasmo sino con algo de envidia. Máximo, a quien apodamos "Mínimo" por su escasa estatura, padecía de insomnio crónico. No le podías tocar a la puerta a ninguna hora del día porque a veces te salía gruñendo: "¡Demonio, no me despiertes, que estoy desvelado!" Con frecuencia, se sentaba con Salo-

món para que éste le explicara su arte. El interpelado siempre trataba de ayudar. Por ejemplo, afirmaba que en este asunto se aprendía mucho de los perros.

—Si tú los observas, percibes que la clave es que están completamente relajados. No tienen ni un músculo tenso en todo el cuerpo. No están pensando en el trabajo, ni en el jefe, ni en la suegra, ni en las cuentas atrasadas, ni en las hembras ingratas.

También revelaba, con gusto, su truco para no espabilarse al ir al baño en mitad de la noche.

—Al salir a mear, te vas con el sueño agarrado entre ceja y ceja, bien apretado. No lo sueltes, ni siquiera cuando estés frente al inodoro. Tampoco prendas la luz. Al regresar, debes continuar la misma dormida que traías y, si estabas soñado algo, retomar el hilo.

Máximo le prestaba atención embelesada e intentaba seguir las instrucciones al pie de la letra. Sin embargo, su esmero no le servía de nada. Sencillamente, no poseía el don.

Así, la condición de Salomón le procuraba la admiración de Máximo, la irrisión del resto de nosotros y serias dificultades en la facultad. Aquella era se distinguía de la presente tanto en que no había las ya mencionadas clases para noctámbulos, como en que se pasaba lista. En principio, no se permitía faltar. Y los profesores eran extremadamente estrictos. A la tercera ausencia te borraban, lo que significaba que te expulsaban del curso y que precisabas reponerlo. Lo fatal era que los estudiantes que estaban comenzando perdían un año entero porque no podían hacer el segundo



semestre sin aprobar el primero. Obviamente, bajo estas circunstancias, resultaba prácticamente imposible para alguien como Salomón completar la carrera. Estaba condenado a echar varias temporadas estancado en el limbo de los principiantes.

Al fin y al cabo, estoy dispuesto a transar. Estipulo que Salomón existió de veras, que no era ni nuestro espécimen anatómico ni un fantasma, que no era yo, que los demás miembros de nuestro grupo, incluyéndome a mí, igualmente fuimos y somos, que todos compartíamos —amistad, así como aspiraciones educativas— y que vivíamos en una dictadura a la que tratábamos de ignorar. (En este intento fracasábamos ocasionalmente, no por tener una clara consciencia política, sino porque nuestro espíritu libertino chochaba con la disciplina conventual que el régimen se obstinaba en imponerle a la sociedad. Pero eso son “otros veinte pesos.”) Como parte de mi concesión, me remito a la hipótesis original de que las peripecias de Salomón no eran más que un chiste, cuyo propósito consistía en entretenernos y, potencialmente, en ilustrarnos.

En cualquier caso, aquel año inolvidable (por múltiples razones que no vienen al cuento), Salomón hizo historia. Fue el primer aspirante que logró acumular sus tres ausencias en la semana inicial. El catedrático —en un arranque de generosidad— le concedió una oportunidad adicional. No obstante, a la cuarta falta, con mucha ceremonia y teatro, desenfundó su pluma roja, se pasó la lengua por los labios como un anfibio, volvió a invocar en vano el nombre de nuestro querido condiscípulo y lo tachó, despiadadamente, del registro.

Al terminar la sesión, nosotros nos saltamos la próxima clase y nos lanzamos hacia la casa —parcialmente con preocupación solidaria, pero principalmente por novelería— para prevenir al malhadado. Al llegar, subimos de inmediato al quinto piso e irrumpimos en la alcoba salomónica. Casi como un coro griego, declamamos:

—Salmón, Salmón, te chupó la bruja. Te acaban de raspar.

El invocado no abandonó su lecho. Sencillamente, asomó un poco la cabeza de debajo de la colcha. Apenas se le veían los ojos. Con resignación y con genuina sinceridad, suspiró.

—¡Ay, Bendito! Yo que mañana iba a ir.